

CAPILLA ALFONSINA

UNIVERSITARIA

D. A. N. L.

EL TORREON DE VINCENNES.

I.

Origen del torreon de Vincennes.—San Luis en Vincennes.—Pedro de La Brosse.—Poder de Enguerrando de Marigny.—Enguerrando y el conde Carlos de Valois.—Las señoras de Marigny en casa del mágico Santiago de Lord.—Proceso de Enguerrando de Marigny.—Condenacion y ejecucion de Marigny.—Muerte de Luis X.—Remordimientos de Carlos de Valois.



EL TORREON DE VINCENNES hacia en cierto modo juego, ó mas bien era una cárcel sucursal de la Bastilla. Construido como esta fortaleza, con la mira de defender al país contra las incursiones del extranjero, se convirtió tambien como ella en horrible instrumento del despotismo, y no fué temible sino para los que hubiera debido proteger. No se está de acuerdo acerca de la etimología del nombre de Vincennes. Viene, como piensan algunos historiadores, de *Viginti Stadia*, veinte estadios, distancia que separa el bosque de Vincennes de Paris, ó de *Vita Sancta*, vida santa, en alusion á antiguos templos y monasterios construidos allí en épocas muy remotas. Esto es lo que nadie puede aseverar con esactitud, y lo que poco importa saber. Lo que parece indisputable, es, que ántes de acabar el siglo XII existía ya en el bosque de Vincennes una casa real, llamada Castillo

de la hermosura, puesto que allí está fechado el testamento que hizo Felipe Augusto en 1190, ántes de ponerse á la cabeza de su ejército para la tercera cruzada. No es ménos notorio que los romanos habian levantado en aquel sitio un templo al dios Silvano, en el solar de un antiguo colegio de druidas, y que á ese templo sucedió un priorato edificado por Luis VII y ocupado sucesivamente, hasta en tiempo de Luis XI, por hermitaños, franciscanos y mínimos.

En 1223, no pareciéndole ya suficiente á Felipe Augusto el Castillo de la belleza para tener en él su corte, hizo construir el de Vincennes, en el lugar en que debia levantarse posteriormente el torreón que ecsiste todavía hoy, y mandó al propio tiempo rodear con una cerca, el parque que se pobló á todo costo de ciervos, gamos y cabritos, para que el rey pudiera disfrutar de los placeres de la caza.

El castillo fué despues la casa predilecta de San Luis, de la cual salia para ir á la entrada del bosque, á oír las quejas de sus súbditos y á juzgar sus pleitos. «Estando Luis en Vincennes», dice Joinville, «despues de oír misa en verano, iba á sentarse al pié de una encina y los hacia colocar á su lado, y cuantos tenían que verlo, se acercaban á hablarle, sin que se los impidiera oír ni hablar alguna.» Noble ejemplo que los sucesores de aquel piadoso monarca desdenaron imitar, y que convierte á San Luis, entre sus predecesores y sus descendientes, en una especie de oasis en medio del desierto. Se puede decir de Felipe III, hijo de San Luis, que le sucedió y no lo reemplazó. Complacióse como su padre en Vincennes, y embelleció aquella residencia; pero si hizo florecer allí la magnificencia y el lujo, despreció la justicia. Débil, crédulo, indeciso, ese monarca, viudo de Isabel de Aragon, y dominado ya por Pedro de La Brosse, barbero de su padre que habia nombrado su primer ministro, se habia casado con María de Brabante, princesa ardiente, ambiciosa, impaciente por apoderarse del poder, y decidida á superar cuantos obstáculos se le presentaban. De ahí nació la rivalidad entre la reina y el primer ministro. Luis, hijo primogénito del rey y de Isabel de Aragon, muere súbitamente. La Brosse acusa á la reina de haber envenenado al príncipe, y María de Brabante hace igual acusacion al ministro, sosteniéndola el duque de Brabante, hermano de la reina, que se ofrece á justificar á su hermana con el duelo en campo cerrado.

En 1276 reúne el rey su consejo en el castillo de Vincennes para juzgar el negocio. La Brosse, sabedor de lo que pasa, solicita en vano ser oído. Contéstasele poniéndolo preso, y el consejo compuesto de hechuras suyas, lo condena sin audiencia á ser ahorcado, sentencia que se ejecutó con gran júbilo de la reina, cuya inculpabilidad quedaba así demostrada, *aun cuando no ecsistiera.*

Tal era la justicia que habia sucedido en Vincennes á la de San Luis. Mucho prometia, y esas promesas por grandes que fuesen, debian quedarse por desgracia muy atras de la realidad. Ménos de cuarenta años despues en el reinado de Luis el Mohino, que habia hecho ahogar á su muger Margarita de Borgoña, el castillo de Vincennes, que no era todavía el *torreón*, se convertia en teatro de

uno de esos dramas que entregan la memoria de los reyes á la execracion de los pueblos.

Era entonces primer ministro un hombre de gran capacidad, Enguerrando de Marigny, que se habia dado á conocer en tiempo de Felipe el Hermoso. Era un gentil-hombre normando, que contra la costumbre no habia debido su elevacion mas que á su propio mérito. Habia sido la providencia de Felipe á causa de la destreza con que sabia amansar al pueblo, y hacerlo pagar sin mucha resistencia impuestos escesivos. Luis el Mohino se mostró al principio satisfecho de los servicios de Enguerrando; pero como los abusos, las prodigalidades y las delapidaciones iban en aumento, no tardó en imponer nuevas gabelas.

—Señor,—le dijo Marigny,—el pueblo está agobiado y no puede pagar mas.

—El pueblo es el pueblo,—respondió Luis,—y yo soy el rey. A mí me toca mandar y á él obedecer.

—Y si rehusa pagar?

—Eso no nos disgustará mucho, por Cristo, pues habria entonces que obligarlo al pago y es divertido gritar: *palo á los villanos!*

Aunque asustaron á Enguerrando estas palabras, no replicó, en razon de que su vasta inteligencia le demostraba la imposibilidad de retroceder en el camino que habia tomado. Estableció, pues, nuevas contribuciones y trató de hacerse sordo á los gritos y súplicas del pueblo, esforzándose en hacer pagar á los pobres que carecian de lo necesario, las superfluidades de los cortesanos.

El pueblo pagó; pero desde entonces cobró odio al nombre de Marigny, que habia ensalzado hasta los cielos. Enguerrando perdió así con el pueblo, sin ganar nada con el rey, quien no hacia mas caso del ministro que se sacrificaba á sus caprichos, que del último de sus perros de caza. La ocasion de perderlo era inmejorable para sus enemigos, y quién es el favorito que no los tiene? Marigny pues, los tenia y muy poderosos, contándose entre ellos Carlos de Valois, tío del rey.

Nada mas fútil que la causa de la enemistad entre el ministro y el príncipe. Dos gentiles-hombres, el conde de Harcourt y el señor de Tancarville se disputaban un molino situado en el confín de sus respectivos dominios. De ahí nacieron pleitos, solicitudes, recursos al rey. Luis X, fastidiado de oír hablar incessantemente de ese asunto, encarga á Marigny de su ecsamen, y lo autoriza á fallar en última instancia. El conde de Valois va entonces á hablar al ministro, é interesándose por el conde de Harcourt, afirma que la justicia está de su parte.

—Todo lo he ecsaminado,—agrega,—y hablo con pleno conocimiento de causa. Fiaos, pues, en mí, y no os molesteis con nimiedades que no valen la pena.

—Siempre es indispensable, monseñor,—respondió Marigny,—que me instruya yo del negocio.

—Pero cuando os digo que yo lo conozco á fondo.

—No es á vos, monseñor, á quien el rey ha nombrado juez, sino á mí, que de-

bo obrar como fiel delegado, y por consiguiente me impondré del asunto con vuestro permiso.

El príncipe se retiró furioso, y por no dejar Marigny, como si hubiera tratado de desafiar á la fortuna, sentenció á favor del señor de Tancarville, y acabó así de avivar el odio del hombre mas poderoso del reino, despues del rey.

Entretanto el cobro de los impuestos presentaba cada dia mayores dificultades, de las cuales Luis X se quejaba amargamente. Una ocasion que presidia su consejo, dijo que sin duda se le habian dado hasta entónces buenas cuentas de las sumas percibidas durante su reinado; pero que una vez que esa miseria del pueblo que se alegaba á todas horas, reconocia por causa las contribuciones excesivas establecidas por el difunto rey su padre, era sorprendente que á su advenimiento los cofres se hubieran encontrado vacíos.

—Lo cual es tanto mas extraordinario,—se apresuró á decir el conde de Valois,—cuanto que se pusieron en juego los arbitrios mas vigorosos para llenar el tesoro, á lo que se agrega que la alteracion de las monedas ha debido producir sumas enormes.

—De veras?—preguntó el rey:—no me habia ocurrido. Qué se ha hecho todo ese dinero?

—El señor de Marigny puede decirlo mejor que nadie,—respondió el conde, puesto que por sus manos ha pasado.

Enguerrando sintió el golpe que se le daba, pero no lo manifestó, y con voz tranquila protestó dar cuenta de dichas sumas en cuanto se lo mandara el rey.

—Que sea pues al punto!—esclamó el conde con tono triunfante.

Habiendo hecho el rey una señal de asentimiento, se volvió Marigny hácia el conde y dijo, recalcando cada una de sus palabras, como para hacerlas mas fáciles de retener:

—Una vez que me obligais á ello, monseñor, preciso es que diga que os he dado á vos la mayor parte de las sumas procedentes de la mencionada operacion, y que solo el resto se ha destinado á las atenciones del servicio público.

—Mientes, traidor!—esclamó el príncipe fuera de sí.

—Por mi salvacion que vos sois quien miente!—replicó el ministro, cuya ec-saltacion no era menor que la de su adversario.

Ambos echaron simultáneamente mano á la espada; pero el rey interponiéndose entre ellos, dijo con voz alterada:

—Poco á poco: á mí es á quien toca hacer justicia, como lo verificaré. Retiraos, pues, y nada hagais hasta que os dé á conocer mi voluntad.

Ambos obedecieron, y Enguerrando, presintiendo las graves consecuencias que podian resultar del negocio, se dirigió á toda prisa á la torre del Louvre, de la que era castellano, y en la que esperaba estar en seguridad. Luego que llegó mandó bajar el puente, duplicar las centinelas, y tomó todas las precauciones que juzgó necesarias para ponerse al abrigo de una sorpresa; pero mientras se

afanaba tanto inútilmente, el conde de Valois volvia al lado del rey, su sobrino, á quien pidió venganza de la afrenta que habia recibido.

—Pero si es inocente?—le dijo Luis.

—Es culpable, señor, y mas culpable de lo que suponeis, porque no solamente ha atentado contra vuestro tesoro, sino tambien contra vuestra persona. Hacedlo juzgar y no faltarán testigos.

Estas últimas palabras no podian dejar de producir grande efecto en el ánimo del suspicaz monarca, que envió desde el siguiente dia á Marigny orden de presentarse en el consejo, y el ministro, pensando que la tempestad se habia calmado, se apresuró á obedecer. Todo pasó como siempre. Enguerrando espresó con franqueza su opinion acerca de las diversas cuestiones que se debatieron: el conde de Valois mostró moderacion, y tal parecia que se habia olvidado cuanto habia ocurrido la víspera. Marigny se retiraba mas satisfecho de lo que llevaba mucho tiempo de estarlo, y volvia ya á tomar el camino de la torre del Louvre, cuando se encontró rodeado de repente de hombres armados, cuyo comandante le declaró que tenia orden de no perderlo de vista, para lo cual tenia que acompañarlo á su castillo del Louvre, del que habia tomado ya posesion un nuevo gobernador.

El ruido de la caída de un hombre tan poderoso en otro tiempo, se divulgó en el acto: el pueblo se dirigió en masa al Louvre y prorumpió en gritos de muerte.

—Ay!—decia el ex-ministro,—verdad es que he sido á veces despiadado con esos infelices; pero Dios sabe que entónces no obraba yo por mí; ellos eran corderos cuando yo era poderoso: ahora que estoy caído, son tigres ansiosos de devorarme.

—Acaso seria así si permaneciérais en este lugar,—le dijo el nuevo gobernador;—pero el rey os quiere tener en seguridad, y ántes de que llegue mas gente estaréis fuera de aquí.

En efecto, pocos instantes despues salia Enguerrando del Louvre en medio de una escolta formidable, y era llevado al Temple, especie de fortaleza al abrigo de todo insulto, de la cual se trasladó al prisionero al castillo de Vincennes, donde tenia su corte Luis X, y se le encerró en un calabozo.

Entretanto, se formaba causa al ex-ministro por orden del rey, con cuyo objeto se habia reunido en Vincennes cierto número de prelados y señores, que se ocupaban activamente del proceso.

Marigny, sin embargo, permanecia tranquilo, no pudiendo creer que el rey á quien habia sacrificado su popularidad, no le conservara algun afecto, y contando ademas con la elocuencia de su amigo Raul de Presles, abogado general en el parlamento de Paris, que le habia prometido defenderlo, y con los buenos consejos del obispo de Beauvais, hermano suyo, que solicitaba el permiso de asistirlo. Desgraciadamente todo eso debia faltarle: el abogado general habia sido reducido á prision, y se habia prohibido al obispo salir de su diócesis, de suerte que cuando el mísero acusado compareció ante sus jueces, reunidos en la sala prin-

cial del castillo de Vincennes y presididos por el rey, se encontró reducido á sus propias fuerzas.

Enguerrando no era un hombre vulgar: nada de aquello pudo intimidarle, y con la cabeza erguida y la mayor calma, oyó articular en su contra cuarenta y un capítulos de acusación á cual mas formidable.

—Todo eso es bien terrible en la apariencia,—dijo cuando acabó la lectura de la acta de acusación:—pues bien, yo me comprometo ante Dios y los hombres á reducir á nulidad todas esas inculpaciones; pero necesito coordinar mis pensamientos, y espero que se me otorgará un plazo.

—Ninguno se necesita para decir la verdad,—esclamó entónces el conde de Valois, que era uno de los jueces:—podeis por consiguiente responder en el acto.

—Si es un desafío, lo acepto monseñor!

Y con admirable altivez, discutió Enguerrando una por una las acusaciones y las pulverizó. Al hablar de la alteración de las monedas, subió de punto su energía, y mirando cara á cara al conde de Valois, esclamó:

—Si, he cometido esa mala acción, y el pueblo tiene razón de quejarse; pero ¿quiénes son mis acusadores, sino los que me han impelido al mal, y aprovechándose exclusivamente del delito? Solo tres personas han sabido la inversión de ese dinero: el difunto rey, yo y monseñor el conde de Valois, que ha derrochado la mayor parte, y á quien tengo el gusto de ver hoy entre mis jueces.

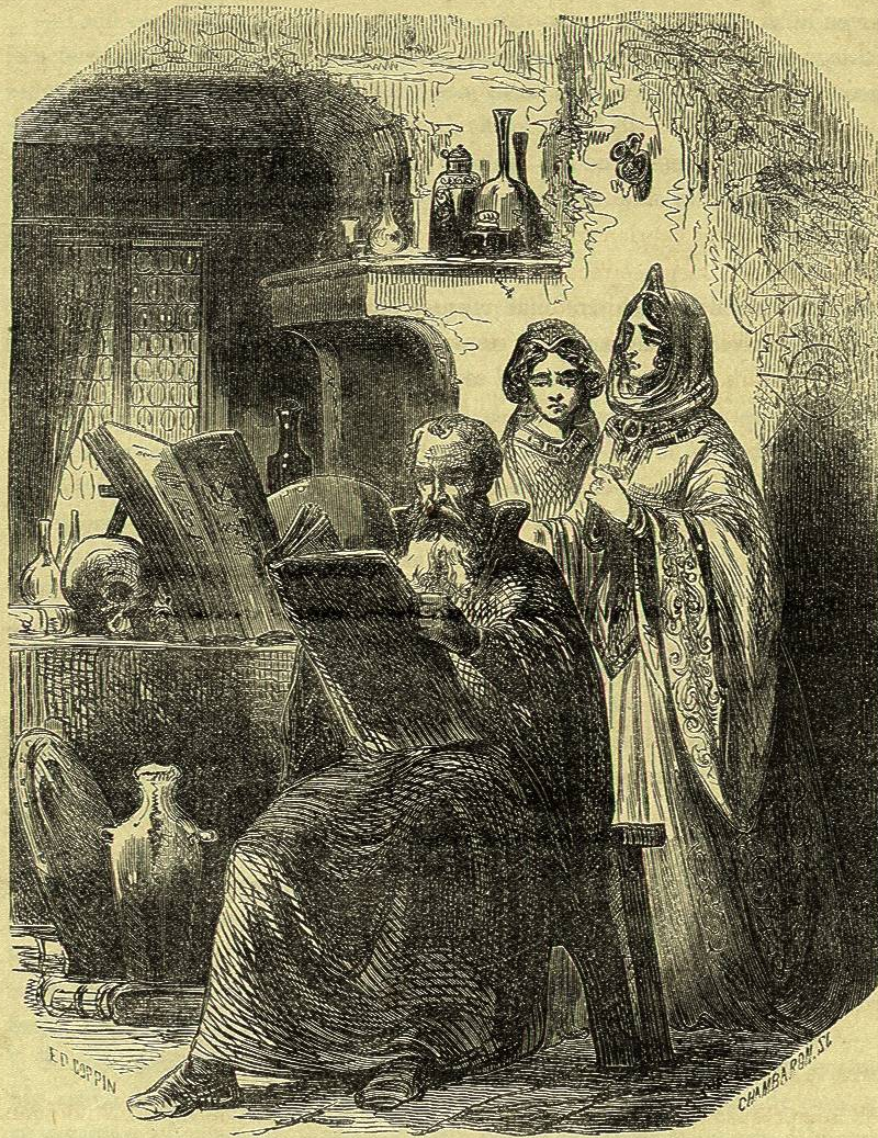
El conde estaba pálido y trémulo: el rey que se sentía indispuerto, levantó la sesión, y dijo al retirarse que por culpable que pudiera ser Marigny, pensaba que el destierro era la pena mas grave que se le podría aplicar.

—Señor,—esclamó entónces el conde,—no se apresure tanto V. M. á fallar: la acusación principal no se ha mencionado todavía; pero lo será en la próxima sesión, y vuestros súbditos de quienes sois adorado, se asombrarán de la perversidad que será descubierta.

Luis se dejó convencer y suspendió el juicio. El conde habia tomado sus medidas para aprovecharse bien de la demora: gracias á sus espías, sabia que la muger y la hermana del ex-ministro, crédulas como se era entónces, como muchos lo son todavía hoy, hacian frecuentes visitas á un supuesto mágico llamado Santiago de Lor, con la esperanza de saber por su boca los peligros que amenazaban á Enguerrando, y el resultado que debia tener su proceso.

Se creia entónces que era posible frustrar los malos designios de un enemigo por medio de ciertas operaciones mágicas practicadas en una figura de cera que representara el personaje temido, y hasta que se podía dar la muerte á la persona así representada, metiendo en el lugar del corazón de la figura un alfiler, ó haciéndola fundir lentamente en el fuego.

La muger y la hermana ni siquiera habian pensado en hacer fundir la figura del rey; pero Delor les habia sin embargo, hecho en cera la del monarca y la de su tío, pretendiendo que así era necesario para que pudiera, por medio de su cien-



cia oculta, leer en el pensamiento de aquellos personajes, é inspirarles sentimientos favorables. La operacion esigia preparativos bastante largos, y las desventuradas damas, devoradas de inquietud, no iban frecuentemente à casa del mágico mas que para suplicarle que se diera prisa, en razon de que no podia tardar en fallarse la causa del ministro.

Llegó por fin el dia ó mas bien la noche designada por Santiago Delor para conocer el resultado de sus conjuraciones. Las dos cuñadas llegaron à eso de las diez de la noche à casa del pretendido mágico, que las introdujo en su gabinete, y à quien comenzaron por dar todo el oro de que se habian provisto. Delor puso manos à la obra: trazó al rededor de las figuras del rey y del conde de Valois, caracteres caprichosos y gereoglíficos, y pronunció unas cuantas palabras ininteligibles. Luego se recogió probablemente para arreglar lo que se proponia decir à sus demasiado crédulas clientes. De repente se escucha un gran ruido en el piso bajo de la casa, y resuena el zaguan golpes violentos y precipitados. Levántase Delor, corre à la escalera y pregunta qué sucede.

—Señor,—responde su criado,—son unos caballeros que pretenden entrar en nombre del rey.

—Perdidos estamos!—dijo el mágico. . . .—Seguidme, señoras, os lo suplico. La casa tiene una puerta secreta à la que quizá llegaremos à tiempo.

Pero habia sido tan grande el susto de las dos damas al oír las palabras del criado, que se habian desmayado, y como no contestaron à Delor, corria ya este à la escalera para huir solo, cuando cediendo la puerta à la violencia de los golpes, dió paso à una docena de archeros que escoltaban un magistrado y que se apoderaron del hechicero cuando llegaba al último escalon. Sin responder à sus preguntas, lo sacaron, lo ataron fuertemente à un caballo y lo llevaron à Vincennes, donde lo encerraron en una de las bodegas del castillo. Pocos instantes despues, se trasladaba à las señoras de Marigny en litera al mismo sitio, y se las ponía en prisiones separadas.

El magistrado entretanto, estendia una grande acta y se apoderaba de las figuras de cera y de todos los instrumentos de magia que las rodeaban.

El conde de Valois no cabia en sí de júbilo cuando supo el resultado de la expedicion.

—Quedaré vengado!—esclamó:—el insolente no puede ya escapárseme, y la horca le hará tragar sus injurias.

Y se apresuró à ir à anunciar al rey lo que acababa de pasar. Luis no podia dar crédito à sus ojos cuando se le enseñaron las dos figuras, y con terror observó que la que lo representaba, con cetro en la mano y corona en la cabeza, estaba atravesada con dos alfileres, uno en la cabeza y otro en el corazon. Con terror decimos, porque el rey creía tambien en el poder de los mágicos.

—Y bien, señor,—dijo el conde,—no tenia yo razon en decir que no se habian articulado todavia los cargos mas graves? Ya lo veis, V. M. estaba ya hechiza-